

nicármelas, no por vía de satisfacción personal, que esto no merecía la pena de ocupar á vd. un momento, sino para ponerme en aptitud de conocer bien y seguir con acierto la política del gobierno nacional.

Hay un punto gravísimo, en que la proclama del presidente y mis propias ideas están perfectamente acordes, y punto es ese que la nación entera debe resolver con un voto unánime: quiero decir, la aceptación de todas las demandas justas y fundadas, y la repulsa de las que fuesen incompatibles con el honor y la soberanía de México. Esta es la base de la verdadera política nacional; y para hacerla real y victoriosa, no debo ni quiero aspirar á que se sigan mis indicaciones con exclusión de otras. Mi deber, por el contrario, y mi más vivo deseo, es apoyar ahincadamente las disposiciones del gobierno, en quien mi patria ha librado la sagrada empresa de su salvación. El posee intenciones tan puras como las mías, y mucho más abundantes medios que yo para conocer lo que la opinión general reclama y lo que el estado del país permite hacer.

Tan sincera es por mi parte esta manifestación, que sin embargo de no haber recibido ningún despacho del gobierno, me apresuro á obrar con arreglo á las deducciones que he podido hacer, tomando en consideración los datos antes referidos; y así, teniendo presente que á pesar del plan de los españoles, ya descubierto, y de la invasión misma que acaban de hacernos, la proclama del presidente deja franca la puerta á las negociaciones; considerando además, que este giro diplomático, sin perjuicio de la guerra defensiva en caso necesario, ha sido implícitamente aprobado por el Congreso general, en el hecho de conferir al supremo gobierno facultades amplísimas para celebrar tratados y llevarlos á ejecución, sin el requisito de someterlos á la aprobación del cuerpo legislativo, yo me dejaré inspirar del mismo espíritu y por él arreglaré todas mis gestiones.

Por consecuencia del discurso del emperador y de los documentos diplomáticos que nos conciernen y andan juntos con la exposición sobre el estado del imperio, las circunstancias han cambiado mucho, porque lo que no pasaba de previsiones más ó menos fundadas, han venido á ser hechos solemnes.

En la nota referida núm. XVIII iba incluso el discurso del emperador entre otras muchas tiras impresas: ahora van los do-

mentos diplomáticos relativos á la cuestión mexicana; y todo junto instruirá á vd. suficientemente del verdadero espíritu que anima al gobierno francés respecto de nosotros. Desde anoche me he puesto á reflexionar si convendrá dirigirme á los gobiernos de Francia, de España y de Inglaterra; pero vd. debe estar seguro de que mi escasa capacidad se ocupa incesantemente en la resolución de este asunto, y que nada omitiré para llenar mi deber, sin embargo de que para cumplirlo no tengo la dificultad que nace de los sacrificios, la cual me parece que sabría superar, sino otra mucho mayor, que consiste en la oscuridad que me oculta la línea trazada á mi conducta por el gobierno.

Las intenciones de este son tan nobles y tan puras, que si lograran crédito en los consejos de estos gobiernos, yo no vacilaría en dar por acabado nuestro conflicto. La lástima es, que intereses bastardos, poderosos y malévolos, se hayan ligado para mover cielos y tierra contra México; la lástima es que de Inglaterra, es decir, de la potencia más razonable para nosotros, apenas tengamos que esperar una política de abstinencia respecto á los planes de las otras dos: la lástima es, que cuando España, con violación flagrante del tratado de Londres, se lanzó á una invasión en que debía fracasar, el gobierno del emperador haya tomado á su cargo la dirección de la empresa, rompiendo el velo que la medio encubría, y dejando ver de este modo la monarquía extranjera como remate de la triple expedición.

Pero nada de esto debe desalentarnos. Hasta ahora se habla de intervención política y de monarquía como de una mera eventualidad, como de una petición que es posible sea hecha por personas influyentes en la nación, y que en tal caso sería recibida con placer, acalorada y favorecida con todo el apoyo moral de los agentes políticos y militares del emperador. De verdad que se descubre en estas salvadedes, en estos rodeos, una refinada hipocresía, y nadie habrá que á la vuelta de esos vanos circunloquios no distinga que la posibilidad es un designio firme y anticipado, la parte accidental y secundaria en las instrucciones, un punto de mira principal; y por último, la protección á un partido monárquico diseminado en el país, un llamamiento solemne para hacerlo formar, ó para suponerlo aunque no exista, como de verdad sucede.

Todo esto es innegable; y junto con las negociaciones del gobierno francés, relati-

vamente al príncipe Maximiliano, debe ser para nosotros una voz de alerta, para no dejarnos engañar ni sorprender; pero también esas formas de respeto á la voluntad nacional están preparando un abandono natural y honroso del plan de monarquía, si nosotros nos empeñamos en rechazarlo por la vía de la diplomacia, y por la fuerza, cuando el caso llegare.

Que el Supremo Gobierno cumpla su programa: que acceda á las demandas justificadas y rechace las otras que no le fueren: que publique sin demora sus concesiones y sus repulsas; eso será bastante para nuestro honor y para nuestra salvación también, porque si los aliados insisten en hacernos aceptar por la fuerza lo que fuere indebido, no dudo un instante, que tropas aguerridas en cuatro años de batallas y poseídas del más puro y ardiente patriotismo, llenen dignamente la espectación del gobierno, y de todo el país. Una cosa debo agregar, y es que si las tropas aliadas ó cualquiera parte de ellas, llegan á internarse en el país, y más que todo, si ocupan la capital, como lo sugieren las instrucciones adjuntas transmitidas por el gobierno del emperador á sus agentes, sólo debemos esperar un monarca extranjero, al cual tendríamos que combatir largos años con las peores condiciones del mundo, porque no cabe duda en que sería protegido por Francia y España, ó por Francia sola, que es lo mismo.

Y por el contrario, si nosotros, después de conceder á las potencias aliadas todo lo que en justicia y equidad podían pedirnos, rechazamos sus pretensiones exageradas y tomamos una actitud respetable por nuestra política y por nuestros ejércitos, me parece, como mil veces he tenido la honra de decirlo al Supremo Gobierno, que reflexionarían mucho los aliados antes de resolverse á la guerra, y que si nos la hicieran no obstante su falta de razón, mirarían levantarse presto en Europa una opinión demasiado vigorosa contra esas hostilidades; el emperador mismo no podría contrariarla con sucesos; digo más, no se empeñaría en combatirla, porque sabe que en ella se cifra toda su fuerza, y porque tendría una prueba perentoria de que no pasaban de sueños dorados de la reacción, la debilidad de nuestro gobierno, la disolución de nuestra sociedad, y la existencia en un país de un partido que algo significase en favor de la monarquía extranjera. Por otra parte, hay un gran déficit en el presupuesto, y no sería popular aumentarlo con el envío de fuerzas consi-

derables, á un país tan remoto, y alzado todo entero contra una invasión injustificable: hay también la frialdad y principio de disgusto de Inglaterra con las potencias sus nuevas aliadas, que comienza á revelarse en los periódicos de que mando algunas tiras; y por último, si algo valen la obstinación del Papa, su reciente desaire al gobierno francés, y la exaltación de los ánimos en Austria y en Italia, la paz de Europa no dá señales de durar más allá de la primavera.

Ya desde ahora el entusiasmo de la nación, la milagrosa transformación del partido antes alzado contra el gobierno en auxiliar de los defensores de la patria; en fin, la proclama tan noble y enérgica del presidente; una vida tan vigorosa y tan pura en un pueblo que la reacción pintaba yaciendo en el lecho de muerte por su enorme corrupción: todo esto ha escitado las simpatías del partido liberal en Francia. Yo recuerdo haberlo dicho al Supremo gobierno: una disposición conveniente en estas circunstancias sería el principio de nuestra vida en el interior y de nuestro buen nombre en el extranjero: esa actitud servirá para la paz, pues nos permitirá obtenerla con buenas condiciones; y sería igualmente útil para la guerra, si á ella fuésemos provocados, porque la haríamos entonces dignamente, y en último caso, si no lográsemos vencer, no sucumbiríamos sin gloria.

Las instrucciones del gobierno francés á Lagravière vienen á dar una nueva confirmación á lo que tuve la honra de decir en mis notas de Octubre, á saber, que por entre las tinieblas de que este gobierno se rodeaba, traslucía ya su odio al gobierno actual de México, y que cualesquiera que fuesen las seguridades que á los Estados Unidos diera esta corte sobre su abstinencia de toda intervención política, yo tenía por cierto que sus instrucciones autorizarían á sus representantes para que fuesen tan léjos como lo permitieran las circunstancias.

Dáse por seguro que el príncipe Maximiliano acepta la corona de México, ó por lo ménos ofrece tomar este negocio en seria consideración, si las potencias aliadas mantienen tropas allá por diez años, según unos, ó por cinco según otros: esta noticia ha hecho subir los fondos mexicanos en Londres, como lo dice una de las tiras adjuntas. La candidatura del conde de Flandes parece abandonada por ahora; mas ya he dicho en mi nota anterior que tales cambios y negativos eran puros accidentes, que ni

alteran el plan de estos señores, ni impedirían que se llevase á ejecución, eligiendo en caso dado un príncipe cualquiera.

A considerar el giro de la opinion liberal en nuestro favor, no creo difícil que algunos miembros notables de este parlamento y del inglés tomen la palabra en contra de la proyectada intervencion.

Aquí se teme mucho el clima insalubre de nuestras costas, y eso se revela en las instrucciones del gobierno francés: de manera que si pudiésemos detener por dos meses á los invasores en nuestras tierras bajas, nos salvaríamos definitivamente.

En mi nota anterior tuve la honra de decir á vd. que tenía pensado irme á los Estados Unidos, si no recibía instrucciones que pudiese llevar á cabo. He cambiado de parecer, y determino quedarme todavía en París, hasta fines de Febrero, con el objeto de ver si vd. logra por lo ménos entrar en negociaciones con los representantes de los aliados.

Pero mucho me temo que las hostilidades comiencen por el ataque de Tampico, puesto que segun las cartas que he leído, se preparaba la defensa de aquel puerto, que es uno de los designados para la ocupacion. Una vez rota la guerra, será imposible permanecer en París, y tal vez ni en Lóndres.

Al firmar este despacho, recibo sin saber de quién, porque su enviado no lo ha dicho al portero, un pliego que contiene el tratado con Bélgica. El señor oficial mayor de ese ministerio me anuncia que por diferente conducto recibiré el poder y credenciales respectivas. Nada de esto ha llegado á mi poder, y siento no poder aprovechar el excelente medio de comunicacion por donde vino el tratado.

Esta nota va por conducto de nuestro encargado de negocios en Washington. Si algo nuevo ocurriese, tendré el honor de comunicarlo á vd. por la vía del paquete inglés.

Sírvase vd. aceptar las sinceras protestas de mi más distinguida consideracion. —*Juan Antonio de la Fuente*.—Señor ministro de Relaciones exteriores de la República Mexicana.

Legacion de México en Francia.—París, Febrero 4 de 1862.—Considerando la incertidumbre y los peligros de los pocos medios que me han quedado para llevar mi correspondencia con el supremo gobier-

no, precisamente cuando el interés de aquella es más crecido por la terrible situacion de nuestras relaciones internacionales, he tomado el partido de enviar mis despachos por conductos diferentes, repitiendo su contenido. Ahora, me propongo hablar á vd. una vez más, aunque sea someramente, del estado que guardan nuestros negocios en Europa, y de la dura y extraña posicion que tiene aquí la legacion de mi cargo, puntos sobre los cuales he discutido largamente en mis últimas notas.

La Francia ha tomado la direccion política, y tomará probablemente la militar, de la expedicion enviada á nuestra tierra. Ya los diarios oficiosos y oficiales de París, Lóndres y Madrid, publican á voz en cuello que el objeto de esta expedicion es arruinar la forma republicana en México, y reemplazarla con la monarquía extranjera. El discurso del emperador contiene un pasaje remarcable por su acerbidad contra el gobierno mexicano; y el plan de la intervencion política y de la monarquía en México, se revela en la Memoria sobre la situacion del Imperio, presentada por el ministerio á las cámaras francesas, y en las instrucciones comunicadas por Mr. de Thouvenel al almirante La Gravière.

Por cuarta vez tengo el honor de remitir á vd. recortes impresos en que esos datos se reproducen. La nueva candidatura escogida y apoyada por el emperador, es la del archiduque Maximiliano, hermano del emperador de Austria. Ese personaje vaciló un poco y opuso algunas dificultades, pero hubo de ceder condicionalmente, quiero decir, que pidió, segun todos mis informes, cerciorarse antes de la opinion del pueblo mexicano sobre esta materia, y añadió que si esta investigacion tenia buen éxito, sólo aceptaría el trono si las potencias aliadas dejaban un ejército de ocupacion por un cierto número de años: una y otra cosa le fueron concedidas y en consecuencia, ha mandado á su secretario particular para que haga el exámen antedicho. España consiente en dejar á un lado al príncipe D. Sebastian; y si hemos de creer los diarios de Lóndres, Inglaterra aplaude la iniciativa de la Francia. El *Times* ha dado en adular á Napoleon III, nos insulta como lo tiene de costumbre: dice que merecamos la intervencion política, y se limita á esperar que serán preservados los intereses de la Gran Bretaña en México. Gutierrez Estrada y Almonte han trabajado sin descanso en este arreglo, y sé que el último ha marchado con las tropas nuevamente enviadas por Francia á

Veracruz. *La Pratie* da por causa de un viaje tan extraño, la utilidad que podrán sacar los aliados, de los informes, y reo que tambien de las gestiones de este diplomático, para cuya merecida calificacion habría de emplear expresiones durísimas que no me detendré á proferir. Háse publicado en *La Epoca*, diario ministerial de Madrid, un artículo que vá entre los recortes anexos, y en el cual se asegura que Almonte está á la cabeza de los que piden á Europa un monarca para México.—La Francia, con el refuerzo que manda ahora, ha completado seis mil hombres, que será el total de sus tropas en México. Estas fuerzas llevan, segun dicen, la instruccion precisa de avanzar sin demora hasta la capital, si bien los diarios de Madrid aseguran que las operaciones militares han de haber comenzado desde que el general Prim desembarcó en el puerto de Veracruz, y agregan por la computation de fechas que nuestra capital debe estar ya ocupada por los invasores. Vd., señor ministro, leerá estos pronósticos en las tiras adjuntas, y se impondrá tambien de las dos razones igualmente fantásticas en que se apoyan, conviene á saber: la incapacidad que nos atribuyen para hacer frente á un ejército europeo, por pequeño que se le suponga, y la existencia de un partido numeroso que pide un rey como la mejor de las soluciones.

Mil veces he dicho las razones por qué me inspiraba una profunda desconfianza este gobierno: al través del misterio con que cubria sus actos, era sumamente fácil descubrir el odio con que miraba al gobierno mexicano. Las contradicciones en que incurria discutiendo nuestros negocios, estaban manifestando su desatentado empeño de romper con nosotros á todo trance.

Por esto, y por muchos otros datos que puse en conocimiento de ese ministerio, le anuncié desde los primeros dias de mi llegada á esta córte, y en varias ocasiones sucesivas, mis temores sobre la intervencion política en nuestro país, y mi persuasion de que tomara ese carácter la financiera, que parecia la más próxima, si se antojaba decir á los invasores, que estaban apoyados por un partido en el interior de México, ó bien que sus nacionales necesitaban de proteccion: y vd. verá que ambas cosas se dicen ahora y se repiten hasta la saciedad; por último, en mi correspondencia de Octubre añadía que cualesquiera que fuesen las seguridades que al gobierno de Washington se dieran contra el designio de una intervencion política, yo estaba seguro de que las instrucciones de

este gabinete á sus representantes, les habian de autorizar para ir tan léjos por este camino, como se los permitiesen las circunstancias; y las instrucciones á M. de la Gravière, han venido á probar la exactitud de mi fácil prevision.

Si hablo de estas cosas, es porque así pienso tendrá más importancia para el supremo gobierno un anuncio que me atrevo á hacerle ahora, y que sentiría vivamente que fuese tenido en poco. Este anuncio es, que de ningun modo ha de poder tratarse con Francia, sino bajo la base inadmisibile de la intervencion: y que si tuviéramos la desgracia de convenir, ó de ser forzados á aceptar el avance de cualesquiera tropas de los aliados á la capital, tendríamos sin remedio la monarquía extranjera, con el destino de combatir á bajo los peores auspicios, porque la sostendrian Francia y España, ó Francia sola, que sería lo mismo.

En cuanto á esta legacion, ya he dicho á vd. que no he recibido por el último paquete más que el tratado con Bélgica, y una carta en que se anunciaba que recibiría por conducto diverso el poder y credenciales respectivas; pero nada de esto ha llegado á mis manos.

Así, pues, ni una nota, ni una instruccion del supremo gobierno, ahora que más me importaba tener alguna luz sobre mi permanencia en París, y sobre mi cooperacion en el buen éxito de la política del presidente. Sin embargo, la lectura de su proclama en *L'Opinion*, y la noticia que en varias cartas venidas á algunas personas, he visto, de que el Ejecutivo ha sido autorizado á celebrar tratados públicos, sin someterlos á la aprobacion del congreso, me han decidido á esperar el resultado de las negociaciones en México, antes de dejar á París; lo cual, sin embargo, tendré que hacer, si viene la noticia de que las hostilidades se han roto por nuestra resistencia en guerra formal, bien que á mi juicio ellas han comenzado desde la ocupacion de Veracruz.

Pero tal es mi expectativa, porque ni yo tengo instrucciones para reanudar aquí la correspondencia diplomática, ni eso habia de ser concedido por la Francia, que ha fijado en México el teatro de la guerra y de las negociaciones, para terminar sus diferencias con nosotros.

Una observacion por último. Si logramos rechazar á los invasores, de manera que ni puedan ocupar las tierras altas, estoy convencido de que no mandarian más refuerzos, por las razones que ya he co-

municado al gobierno general, y por el mortífero clima de nuestras costas.

Pero si por nuestra inmensa desventura fuésemos arrollados, seríamos comparados á los marroquíes, y perderíamos nuestra libertad y nuestro honor.

Sírvase vd. aceptar las sinceras protestas de mi muy distinguida consideración.—*Juan Antonio de la Fuente*.—Señor ministro de Relaciones exteriores de México.

Legacion de México en Francia.—Paris, Febrero 11 de 1862.—He tenido el honor de dirigir á vd. en estos últimos días, diversos despachos, valiéndome de los conductos que se me presentaban como más seguros, y con especialidad he ocupado, lo mismo que en esta vez, á nuestro recomendable encargado de negocios en Washington, porque llegándome su correspondencia aunque con alguna irregularidad, he creído que podía yo en cierto modo esperar que no fuesen interceptados en Francia los despachos que yo enviase á aquel caballero. Esto es para mí de grande importancia, porque el Sr. Romero, según ha tenido la bondad de escribirme, cuenta para la trasmision de su correspondencia, con medios de que yo no he podido absolutamente disponer.

De día en día he visto frustrarse mi expectativa sobre la llegada de los pliegos que el supremo gobierno me enviaba por el paquete último, según me avisaba el señor oficial mayor de ese ministerio. Nada, pues, he recibido del gobierno general, sino es el tratado con Bélgica; pero sin el poder ni credenciales respectivas.

Lo he dicho á vd.; pero espero me pensará que lo repita ahora, porque en la incertidumbre y contrariedades de la comunicación actual entre el gobierno federal y sus agentes, menester es multiplicar las notas, al menos en sus pasajes interesantes, para adquirir siquiera una probabilidad de producir una efectiva información.

Así, pues, cuando el estado de nuestras relaciones internacionales con Francia, Inglaterra y España se agrava por momentos, yo carezco de instrucciones, para ajustar á ellas mi conducta oficial, y hasta ignoro los principios prácticos de la diplomacia que el gobierno haya decidido emplear para afrontar con éxito la situación.

En medio de esta oscuridad, he visto en

los diarios de Francia una ráfaga de luz, quiero decir, la proclama del presidente, que provoca y ofrece acoger de buena voluntad las reclamaciones justas y honrosas para México, declarando al mismo tiempo que rechazaría hasta por la fuerza si era preciso, las que no tuviesen aquellas cualidades. En consecuencia, he abandonado mi primera resolución de trasladarme á los Estados-Unidos, y permaneceré en esta corte hasta saber si algo adelantamos por la vía de las negociaciones; no porque yo tenga la más remota esperanza de que ellas nos conduzcan á un avenimiento satisfactorio, sino porque debo conformar mis acciones al espíritu de mi gobierno, y eso con tanta más razón, cuanto es perfecta la conformidad entre sus principios y los míos en cuanto á la aceptación ó repulsa de las demandas que presente la triple alianza.

También he visto con indecible satisfacción, por cartas que algunos de mis amigos han recibido, que si para la paz estamos dignamente preparados, no descuidamos un punto los preparativos de la guerra. Por desgracia, este será el extremo á que habrémos de venir, más no sin que antes, como lo espero, hayamos publicado la correspondencia diplomática perteneciente á este negocio, para probar al mundo la inmensa sinrazon de nuestros invasores. Cuando ménos esta ventaja sacáremos de la diplomacia, si es que á ella ocurren los aliados; pero si no fuere así, como yo lo temo con sobrada razón, la proclama del Sr. Juárez demostraría por sí sola nuestros sentimientos de dignidad y de justicia; mientras la violencia de los aliados pondría en relieve la iniquidad de sus aspiraciones. De nuestra actitud imponente y reposada, sacamos grandísimo provecho en el órden moral.

Hemos arrollado las ruidosas acusaciones de barbárie que nos asestaban gobiernos prevenidos y escritores asalariados; hemos concitádonos las simpatías del partido democrático en Europa, y nos hemos prevenido para tratar con libertad, ó para combatir con gloria aunque por desgracia fuésemos vencidos.

Volviendo á mi situación oficial, ella es tan extraña, como vd. puede fácilmente comprenderlo, y no será posible ni debido que se prolongue si se recibe la noticia de haberse roto las hostilidades.

Por los numerosos datos que he tenido la honra de remitir á vd., y por mis diversas observaciones acerca de ellos, habrá vd. podido persuadirse de la nueva faz, ó

mejor dicho, de la claridad que la cuestion mexicana presenta ahora.

Las nuevas tiras impresas que mando unidas á este despacho, vienen á corroborar más y más los conceptos que he trasmitido á vd. sobre los giros de la política europea en sus relaciones con México y demás repúblicas americanas.

Lo mismo Lord John Russell que Lord Palmerston, en los discursos que acaban de pronunciar en el parlamento, y cuya lectura me permito recomendar á vd., protestan que no se piensa imponernos un gobierno contra nuestra voluntad; y tal es también el lenguaje de los periódicos ministeriales de Francia, Inglaterra y España. Los gobiernos de estas tres potencias dicen, que su deseo no es otro que el de inclinarnos á aceptar un gobierno con trazas de solidez, respetando en lo demás el voto de la nación.

Verdad es que comienzan por atacar el gobierno que ella por un sufragio libre ha querido constituir, de manera que anulan el mismo origen de poder que van despues á consultar. Sin duda el agravio enorme que salta á los ojos desde luego, es la intervención impudente en nuestro régimen gubernativo.

Despues de esta ofensa, vienen naturalmente otras muchas: á pretexto de ser tiránico y opresor el gobierno que en México existe, y de haber un partido compuesto de la mayoría de la nación, y de las más altas ilustraciones del país, que desea el gobierno monárquico, pero que está sofocado por la demagogia, se anuncia ya que los aliados en su calidad de *libertadores*, destruirán el despotismo y *brigandaje* actual para *invitar* á la nación á pronunciarse sobre la forma de gobierno que convenga á su reposo y ventura, y para proponer al voto nacional el príncipe que llene estas condiciones. Ya desde ahora la *Patrie* sabe que han sido enviadas á las fuerzas invasoras, diputaciones de la mayoría de nuestros Estados, pidiéndole la erección de un trono: ¿qué cosa más fácil que esta ridícula representación de los Estados, ejercida por veintitres ó veinticuatro conservadores? Las juntas de no tables de Santa-Anna y Miramon, por cierto no representaban más fielmente la República.

Si México resiste con valor, se salvará, porque sobre el total de 6,000 hombres que Francia ha mandado desde un principio y despues contra nosotros, ya no es posible que mande más este año, así por impedimentos morales, nacidos de la opi-

nion que así se muestra enemiga de esta empresa, como por la insalubridad muy temida de nuestras costas, y por el inminente peligro de que la paz se perturbe en Europa, de lo cual podrá vd. formarse una idea leyendo algunas de las tiras inclusas. Ya lo he dicho en otra vez. Primero se engañaron estos gobiernos pensando que bastaba la primera expedición: despues han cometido un nuevo error, creyendo que si se presentan en nuestros puertos 6,000 franceses, accederemos sin disparar un tiro á cuanto nos manden hacer. Si fuera menester para alentarnos á la resistencia algo más que la conciencia de nuestra justicia y el sentimiento de nuestro honor, yo diría, que, pues mis conjeturas han venido á ser un hecho verdadero, y tenemos, como en los tiempos de la Santa Alianza, el antagonismo y la guerra de estas monarquías contra las repúblicas sud-americanas, á México, á la primera República invadida, correspondé el primer papel, de que pende la subsistencia del gobierno popular en esa nación y en las otras sus hermanas: y tal vez alcanzaremos la gloria de preservar el gran principio de la independencia y de la libertad en todas ellas.

Sólo me resta añadir, que la prensa inglesa señala dos corrientes de ideas en lo que á nosotros toca; la primera representa la intervención política, y condena toda participación de Inglaterra en ese negocio; la segunda, proclama la intervención y la imposición de una monarquía en México, pero también concluye que la Gran Bretaña no debe mezclarse activamente en ello.

Sírvase vd. aceptar las seguridades de mi más distinguida consideración.—*Juan Antonio de la Fuente*.—Señor ministro de Relaciones exteriores de la República Mexicana.

Legacion de México en Francia.—Paris, Febrero 14 de 1863.—Aunque no tengo plena confianza en el curso regular de mi correspondencia, he creído de algun tiempo á esta parte, según he tenido el honor de explicarlo á vd. en mis últimos despachos, que podía valerme con algunas probabilidades favorables de nuestro muy estimable encargado de negocios en Washington, para conservar mis relaciones con el supremo gobierno.

Comienzo por suplicar vd. me permita hablarle todavía de mi difícil y apénas